

Navidad el descenso de Dios al hombre

Enrique Eguiarte

San Agustín nos narra que en una ocasión san Simpliciano, el sabio sacerdote de Milán a quien encargaron su última instrucción en la fe antes de que recibiera el bautismo, le comentó la anécdota de un neoplatónico que decía que en las fachadas o en el lugar más importante de toda las Iglesias se debería escribir con letras de oro el prólogo del Evangelio según san Juan, pues ahí estaba resumido no sólo el misterio más profundo de la redención, sino también de la identidad del único Salvador de los hombres, Jesucristo, el redentor humilde, el Logos encarnado, quien asumiendo la carne del hombre había redimido a los hombres (Cf. *ciu.* 10, 29)

Cristo es el doctor de la humildad (*uirg.* 31)¹ que enseña a los seres humanos a ser humildes para poder recibir la gracia de Dios y entrar en el mismo ámbito de la experiencia y de la propia vida de Dios. La obra de la redención de los hombres será, para san Agustín, el mayor ejemplo de la humildad de Cristo, quien no sólo se despoja del honor que le corresponde como a Dios al asumir la naturaleza humana (Fil 2, 11ss), sino que se entrega a sí mismo a la muerte más humillante en la cruz para redimir, por amor (*en. Ps.* 62, 11)², al género humano³. El deber y la necesidad del cristiano de ser humilde radica en la esencia misma de los misterios de la encarnación y redención. La insistencia con que san Agustín exhorta a la práctica de esta virtud no se reduce a una mera exhortación ascética. La humildad constituye una pieza fundamental de la cristología y soteriología agustinianas.

San Agustín se quedaba extasiado ante estas verdades, y su conversión definitiva no fue a las verdades del platonismo o neoplatonismo sino a la persona del Redentor humilde, Jesucristo, aquel que se despoja del honor que le corresponde como a Dios para abrazar con amor la naturaleza humana. San Agustín es consciente de que el ser humano no puede hacer nada por sí mismo para salvarse. Por sus propias fuerzas no puede remontarse hacia Dios. El infinito abismo que separa al hombre y a Dios sólo puede ser cruzado por el mismo Dios, quien por amor salga al encuentro del hombre, descendiendo hasta él. La encarnación y la fiesta de la Navidad es particularmente para san Agustín, la fiesta del descendimiento de Dios hacia el hombre.

Cristo desciende al hombre caído

Un primer elemento que es preciso poner de manifiesto, es la situación ontológica del hombre. La redención no es algo exterior al

¹ “Doctor itaque humilitatis Christus”. *uirg.* 31: CSEL 41, p. 269/8.

² Cf. *en. Ps.* 62, 11.

³ “Ubi enim redemptio sonat, intelligitur et pretium: et quod est hoc, nisi pretiosus sanguis agni immaculati Iesu Christi? de hoc autem pretio quare sit fusum, quid interrogamus alium? redemptor ipse respondeat, dicat ipse mercator. «hic est», inquit, «sanguis meus qui pro multis effundetur in remissionem peccatorum»”. *c.Iul.* 3, 9: PL 44, p. 707/4.

hombre, sino que parte de una necesidad intrínseca del ser humano, quien por el pecado, se encuentra caído y es incapaz, por sus propias fuerzas, de levantarse de su postración. Por ello es necesario que Dios mismo, a través de la persona de Cristo, descienda, baje hasta el hombre, para salvarlo, para levantarlo. Así lo expresaba ya de manera temprana san Agustín, en la primera obra que de él conservamos, el *Contra academicos*: la autoridad “de la inteligencia divina”, que se ha abajado “hasta el cuerpo humano”, para que “las almas despertadas por los preceptos y hechos de ella” puedan “regresar a sí mismas y” allí mirar de nuevo “la patria”⁴.

El misterio de la Navidad y de la encarnación para san Agustín pone de manifiesto, en primer lugar, la benevolencia y condescendencia divina hacia el hombre, quien es levantado para que pueda gozar de la vida de Dios. Así lo expresa san Agustín en la *enarratio* al salmo 26, por medio de un hermoso juego de palabras, a través del cual señala la diferencia entre la pequeñez de los hombres y su necesidad de salvación, y la grandeza, divinidad y generosidad amorosa del Redentor:

*Cayó el hombre, y si no hubiera caído, no hubiera sido enviado el que lo levantase. Nosotros caímos, Él descendió (descendit); Él sube (ascendit), nosotros somos levantados (levamur), porque nadie sube (ascendit) sino quien desciende (descendit). El que cae es levantado; el que baja, sube (qui descendit ascendit). Pero no desesperemos porque sube Él solo. Él levanta a quienes, estando caídos, bajó a levantar, y por eso estaremos de pie y contemplaremos y nos gozaremos de la inmensa hermosura*⁵.

Por ello, en primer lugar san Agustín nos invita a darnos cuenta de lo que implica el que Cristo haya descendido. Para ello, señala el obispo de Hipona, a la luz del texto de Jn 10, 30 (“El Padre y yo somos uno”), la igualdad de Cristo con Dios Padre y por lo tanto su divinidad. Ciertamente lo opuesto a la divinidad es la humanidad. No obstante por la salvación de los hombres, Cristo se dignó hacerse hombre, descendió hasta la debilidad (*infirmitas*) de los hombres, asumiendo esa misma limitación y flaqueza para llevarlos a Dios y salvarlos. La admiración emocionada del obispo de Hipona se percibe a través de sus palabras:

*Hace un momento, cuando se leía el evangelio habéis oído cómo ha hehco valer su majestad: Yo y el Padre somos una sola cosa (Jn 10, 30) ¡He aquí cuán gran majestad y cuán igualdad del Padre ha descendido a la carne por nuestra debilidad*⁶.

Un Dios que desciende por amor

⁴ “Diivini intellectus auctoritatem usque ad ipsum corpus humanum declinaret atque summitteret, cuius non solum praeceptis sed etiam factis excitatae animae redire in semet ipsas et resipiscere patriam etiam sine disputationum concertatione potuissent”. *Acad.* 3, 42: CCL 29, 60/15-18.

⁵ *en. Ps.* 26, 2, 8: CCL 38, 158/17-23. BAC XIX, p. 274.

⁶ *en. Ps.* 62, 11: CCL 39, 800/10-12. BAC XX, p. 578.

Por otro lado, san Agustín regresa al tema del motivo de la Encarnación, del descenso de Cristo hacia los hombres, y la repuesta no es otra que el amor. Dios ha amado de tal manera a los hombres, que hace don a los hombres de su propio Hijo. Dios en su locura de amor por el hombre, hace que su Hijo Jesucristo descienda hasta los hombres para redimirlos y rescatarlos de la postración y de la muerte:

*Si antes que amáramos a Dios, nos ha amado tanto que por nosotros ha hecho hombre a su Hijo igual a sí, ¿qué nos reserva a quienes ya lo amamos?*⁷

Sólo quienes aún no tienen santificado el corazón por la fe, que les lleve a comprender los misterios de Dios, no les parece gran cosa el que Cristo hubiera descendido y se hubiera encarnado para salvar a los hombres. No obstante quien ya ha recibido el don de la fe, debe comprender su grandeza y por ello deben dar infinitas gracias a Dios, quien no sólo se encarnó para redimir a los hombres, sino que se sometió también a la muerte humillante de la cruz:

*Muchos pues suponen que el que en la tierra haya aparecido el Hijo de Dios es no sé qué minucia. Porque no están en lo santo, no se les muestran la potencia de él y su gloria, esto es, no pueden ver su gloria y su potencia porque aún no tienen santificado el corazón, con que entiendan la eminencia de la fuerza de ése y den gracias a Dios porque tan importante sujeto ha venido ¡a dónde, a qué nacimiento, a qué pasión!*⁸

La encarnación es pues un movimiento de descenso hacia los hombres. Cuando la Escritura dice que el Verbo se hizo carne, significa que Cristo mismo ha descendido hasta la pequeñez y limitación del hombre:

*¿No ha descendido? La Palabra, ¿no se hizo carne y habitó entre nosotros?*⁹

Además de estas ideas, san Agustín dentro de sus *Enarrationes in Psalmos* san Agustín nos dejará algunas imágenes hermosísimas de lo que es la Navidad y el movimiento de abajamiento amoroso de Dios hacia el hombre. Quisiera proponer sólo una. La de la lámpara de barro.

La lámpara de barro

La encarnación de Cristo puede ser comparada con una lámpara de barro (la naturaleza humana del Redentor), en la que se ha encendido una luz (la naturaleza divina de Cristo). Dios toma esta lámpara de

⁷ en. Ps. 62, 11: CCL 39, 800/10-15. BAC XX, p. 578.

⁸ en. Ps. 62, 11: CCL 39, 800/ 15-22. BAC XX, p. 579.

⁹ en. Ps. 103,4, 2: CCL 40, 1523/ 51-52. BAC XXI, p. 796.

barro entre sus manos para buscar, como la mujer de parábola evangélica (Lc 15, 8), la moneda perdida, buscar al ser humano -que es moneda de Dios-, para descubrir y reacuar en su interior la imagen de Cristo, distorsionada por el pecado, pues el hombre es imagen de Dios. Así pues, la encarnación es el descenso por el cual Cristo se hace carne, asume el barro del hombre:

¿Acaso no encendió la lámpara de su carne mientras pendía de la cruz y buscó la dracma perdida?¹⁰

Este lucernario de barro de la humanidad asumida por Cristo se encendió como lámpara en el momento de la crucifixión, como momento culminante en el que Cristo el redentor encarnado era, como expresa el mismo Agustín, *victor et victima*, y *victor quia vicitima*¹¹. Con esa lámpara encendida, la luz de la redención puede llegar a los hombres y estos pueden salvarse sólo por medio de Cristo, pues no existe ningún redentor fuera de Cristo por quien los hombres puedan ser salvados.

El hecho de ser hallados los hombres por la luz de esta lámpara, que simboliza para san Agustín todo el misterio de la Encarnación y de la Redención, debe ser un motivo de gran alegría, tanto para los seres celestes como para los hombres, pues la redención y la condescendencia de Dios hacia los hombres es una manifestación de su sabiduría eterna:

Buscó y encontró y se alegraron sus vecinas, es decir todas las creaturas espirituales que tocan de cerca a Dios. Se alegran las vecinas porque se ha encontrado la dracma; los ángeles se alegran porque ha sido encontrada el alma humana. Ha sido encontrada, por ello se alegran y dicen: “qué magníficas son tus obras Señor y todas las hiciste con sabiduría”¹².

Cristo, pues desciende a la oscuridad del hombre para redimirlo de la eterna noche que sobre él pesaba. Al asumir la carne iluminó esta noche:

Es de noche mientras transcurre esta vida. ¿De qué modo ha sido iluminada la noche? Porque Cristo ha descendido a la noche. Cristo ha recibido la carne de este mundo y nos ha iluminado la noche¹³.

Así como la mujer del evangelio encendió una lámpara para buscar la dracma que se le había perdido (Lc 15, 8), del mismo modo la Sabiduría de Dios, Cristo, asumió el barro y la fragilidad de la condición

¹⁰ *en. Ps.* 103, 4, 2: CCL 40, 1523/51-53. BAC XXI, p. 796.

¹¹ Cf. *conf.* 10, 43, 69: CCL 27, 193/18-19. San Agustín subraya la identidad, la perfección y la pureza que existe entre el sacerdote que presenta la ofrenda y la ofrenda misma que es su propio cuerpo: Cf. *trin.* 4, 14, 19.

¹² *en. Ps.* 103, 4, 2: CCL 40, 1523/52-59. BAC XXI, p. 796.

¹³ *en. Ps.* 138, 14: CCL 40, 2000/20-23. BAC XXII, p. 590.

humana, iluminándola con la naturaleza del Verbo para descender, para buscar al hombre que se hallaba extraviado por el pecado:

Aquella mujer perdió una dracma. Encendió una luz. La Sabiduría de Dios había perdido una dracma. ¿Qué es la dracma? La moneda en la que estaba la imagen de nuestro emperador en persona. El hombre fue hecho a imagen de Dios, más pereció. Y ¿qué hizo la mujer sabia? Encendió una lámpara. La lámpara es de barro, pero tiene una luz para encontrar la dracma. Por tanto la lámpara de la Sabiduría es la carne de Cristo, está hecha de barro; pero como la ilumina el Verbo, ha hallado a los perdidos¹⁴.

Y san Agustín ante estas reflexiones nos invita a encontrar la dulzura y las delicias de la vida en Cristo. Cristo debe ser la delicia del creyente:

Y la noche, iluminación en mis delicias: la noche se me convirtió en delicias. Nuestras delicias es Cristo (Deliciae nostrae Christus¹⁵).

Esta hermosa conclusión le valió a san Agustín las aclamaciones del pueblo (*clamores isti uestri*) y estas mismas aclamaciones le motivaron a san Agustín a llegar a una segunda y no menos hermosa y profunda conclusión:

Ved como ahora mismo nos gozamos de él. Esos clamores vuestros, esos gozos vuestros, ¿a qué se deben sino a las delicias? Por otra parte, esas delicias ¿a qué se deben sino a que la noche ha sido iluminada; sino a que se nos predica a Cristo Señor el cual os buscó antes que lo buscáseis y os encontró para que lo encontráseis. Y la noche, iluminación en mis delicias¹⁶.

Un símbolo por tanto agustiniano para la Navidad podría ser colocar una lámpara de barro en algún lugar llamativo y visible de la capilla o Iglesia, en donde se ponga de manifiesto el misterio de la Encarnación, Cristo que asume el barro del hombre para iluminar la vida de todos los hombres con el resplandor de su vida e inmortalidad.

Enrique Eguiarte
Union City, 2010

¹⁴ *en. Ps. 138, 14: CCL 40, 2000/ 23-30. BAC XXII, p. 590.*

¹⁵ *en. Ps. 138, 14: CCL 40, 2000/30-32. BAC XXII, p. 590.*

¹⁶ *en. Ps. 138, 14: CCL 40, 2000/ 32-37. BAC XXII, p. 590.*